

ALTERIDAD Y PRODUCCIÓN INTELECTUAL: NIETZSCHE, UN IDEAL DE FREUD

CONCHA GÓMEZ ESTEBAN

Dpto. de Sociología V (Teoría Sociológica). Facultad de CC. Políticas y Sociología
Despacho 2519. Campus de Somosaguas. Universidad Complutense.
28223 Madrid.

En este artículo se analiza la imagen que Freud tuvo de Nietzsche y el papel indirecto que el filósofo jugó en su vida, en su obra, y en la historia del primer "Movimiento" Psicoanalítico. Pese a que se negó a leer siempre a Nietzsche, Freud le idealizó y se identificó con él, pero, a la vez, le sintió como un rival en la comprensión psicológica. Esta actitud ambivalente, tanto emocional como intelectual, fue uno de los rasgos más característicos de Freud y se orientó a objetos tales como la filosofía, el filósofo, o sus propios amigos y colaboradores más cercanos.

Palabras clave: Freud, Nietzsche, alteridad, ambivalencia, psicoanálisis.

Nos acercaremos en estas páginas a algunos aspectos de la dimensión imaginaria que subyace a toda producción intelectual y, especialmente, al papel que juega la alteridad y la imagen del otro en dicha producción, tomando como ejemplo la atípica relación que unió a Freud con Nietzsche, dos autores de la máxima relevancia en el campo de la sociología del conocimiento, la filosofía y la ciencia social en general. Esfuerzo metateórico que pretende rescatar algunos datos que demuestran que, pese a que Freud se negó siempre a leer a Nietzsche con detenimiento, éste tuvo un papel destacado en la gestación del psicoanálisis y en la vida del psicoanalista, por cuanto el filósofo de Sils-María fue un ideal del que Freud jamás pudo alejarse y un referente básico del primer "Movimiento" psicoanalítico.

Indagaremos aquí las conexiones que se pueden establecer entre la identidad de Freud, su experiencia concreta del momento histórico que le

tocó vivir, y sus logros en el campo del saber. Siguiendo las tesis de estos dos maestros de la “Escuela de la Sospecha”, intentaremos incidir en la idea de que la conciencia no es ese espejo translúcido que la tradición racionalista suponía y que todo discurso exhibe la huella de su autor; y que, por tanto, “rara vez se es imparcial, cuando se trata de los grandes problemas de la vida y de la ciencia”, como reconoce Freud en su *Más allá del principio del placer*; e, incluso, que “toda ciencia brota del miedo”, según lo entiende “Zaratustra”.

En coherencia con lo propuesto, hemos imprimido a este trabajo un enfoque autorreferente que consiste, fundamentalmente, en aplicar el psicoanálisis para comprobar si tras los textos de Freud hay rastros del sujeto; si existe tras la obra esa huella indeleble del autor a la que apunta Nietzsche cuando revela a sus lectores cómo *El nacimiento de la tragedia* surgió de su “experiencia más íntima”, (y también, probablemente, una experiencia muy personal impulsó la elaboración de *Totem y tabú*, texto escrito para forzar la separación de Jung).

Estudiaremos el “encuentro” entre Freud y Nietzsche, y los puntos de conexión entre identidad, biografía y producción intelectual, relacionando dos dimensiones básicas que estructuran nuestro análisis general: una dimensión cronológica y otra vivencial. La primera podría resumirse destacando la extraña y problemática “contemporaneidad” de nuestros protagonistas, caracterizada no sólo por lo diametralmente opuesto de sus trayectorias vitales y profesionales, sino, sobre todo, por el hecho de que esta contemporaneidad excedió la propia vida biológica del filósofo al constituirse éste, como hemos dicho, en un ideal de Freud y en un referente importante para sus primeros colaboradores.

Investigar, por otra parte, cómo lo cronológico es vivido siempre imaginaria y subjetivamente, ayuda a comprender la aprehensión específica que Freud hace de Nietzsche y que entronca con un rasgo que, desde nuestro punto de vista, domina su personalidad: la ambivalencia.

Ambivalencia que se plasma también en el ámbito intelectual y en su actitud: I) hacia la filosofía como disciplina y hacia su propia actividad teórico-especulativa -la “metapsicología”, en cuya elaboración jugó un papel destacado el saber filosófico-; II) y, como hemos dicho, hacia

Nietzsche, quien es revestido por Freud de una “nobleza inaccesible” que le fascina pero al que siente como un “rival” en la comprensión psicológica.

La ambivalencia hacia la filosofía

La filosofía, saber que en la actualidad debe tanto a nuestros dos autores, fue caracterizada habitualmente por Freud como mera especulación, como todo lo que tiene la pretensión de ser un conocimiento que supera la experiencia. P. Gay nos lo explica así: “Freud daba a la filosofía un significado especial. A la manera de la Ilustración, consideraba que el filosofar de los metafísicos sólo conducía a abstracciones inútiles. Se sentía igualmente hostil a los filósofos para los que la mente era sólo conciencia”¹.

Pero, tras esta limitada concepción intelectual, subyace en Freud una “doble palabra” -como lo expresa Assoun (1982)-, una profunda ambivalencia tanto emocional como intelectual hacia esa disciplina. Ambivalencia que se plasma positivamente en su interés por ese saber y en la operatividad que tiene en la gestación de su obra, y negativamente, en su tendencia a reprimirla “despiadadamente” y a considerarla epistemológicamente como una amenaza para el quehacer científico.

Al principio, el joven Freud vivirá la relación con la filosofía y la especulación de una manera gozosa. Este gusto primero por la filosofía y la especulación se explica, a nuestro entender, por una tendencia psíquica derivada de lo que podríamos llamar su “complejo de completud”, que surgiría en el infante Sigismund a partir de una intensa fijación infantil en lo materno; dicho complejo, se manifestaría en el sujeto, entre otros aspectos, por un afán intelectual de sistematización y totalización, afán propio, según Freud, de los constructos filosóficos y, según Lacan, de toda aprehensión imaginaria de la realidad. Freud, por tanto y por este

¹ (1989), *Freud. Una vida de nuestro tiempo*, Barcelona, Paidós, pág. 149. Pese a su crítica al “conciencialismo”, no por ello Freud se abrió a la filosofía “irracionalista” pues, como comenta Gay y sostendremos aquí, Schopenhauer y Nietzsche son dos filósofos “a cuya influencia Freud se resistía, sin poder evitarla por completo” (pág. 413).

rasgo de su personalidad, se vería impelido a desplegar una desbordante actividad especulativa.

Pero ya en la universidad, la filosofía habrá de ser conceptualizada racionalmente por Freud como un saber peligroso para la práctica científica según el mensaje transmitido por sus maestros durante su aprendizaje, quienes le infundieron la idea de que este método de acercamiento gnosológico implicaba, a la vez, una promesa prospectiva y una amenaza de recesividad científica. (Pese a ello, Freud lo utilizará años más tarde cuando gestó su “metapsicología”, reflexión surgida de una actividad teórica-especulativa que se apuntala primero en Herbart, y posteriormente en Fechner. Las propuestas metodológicas de estos autores le permitieron echar esa rápida mirada tras el telón de lo dado, de lo “empírico”, que él anhelaba y satisfacer así de manera “legítima” su deseo filosófico latente a la par que emanciparse de viejos modelos científicos heredados).

Más tarde, cuando Freud atisba tras su “autoanálisis” que poseía una poderosa tendencia intelectual hacia la totalización y que esta tendencia -fructífera, no obstante, entre 1895 y 1901- lastraba su personalidad y su tarea, refrenó de forma “despiadada” la especulación filosófica -su “objetivo originario”²-; represión deliberada de un impulso tras el que late, según Freud, la irracionalidad del deseo inconsciente de recuperar la “unidad perdida” de las cosas -el primer paraíso materno-, la seductora sensación de completud; pero que, a la vez y por eso mismo, puede extraviar al sujeto en un mundo ficticio, imaginario, donde no existe ni la “falta” ni la castración, sólo esa omnipotencia alejada de lo real que en su obra caracteriza a lo filosófico y le permite establecer algunos paralelismos entre ese saber y lo infantil, lo religioso y lo artístico.

² Como le confiesa a Fliess: “...tal como yo abrigo secretamente la esperanza de alcanzar, por la misma vía, mi objetivo original, la filosofía. Tal fue, en efecto, mi ambición primera cuando todavía no había llegado a comprender para qué me encontraba en el mundo”; o “...En mi juventud no conocí más anhelo que el del saber filosófico, anhelo que estoy a punto de realizar ahora, cuando me dispongo a pasar de la medicina a la psicología. Llegué a ser terapeuta contra mi propia voluntad”. (*Los orígenes del psicoanálisis*, en *Obras Completas*, ed. Biblioteca Nueva, vol.IX, págs. 3529 y 3543; cartas de 1 de enero y 2 de abril de 1896).

La ambivalencia hacia Nietzsche

Nietzsche, en su condición de filósofo, participará indirectamente del tabú científico impuesto por esos positivistas confesos que fueron sus maestros universitarios de la Escuela Antivitalista, y de la ambivalencia, derivada de esa prohibición que Freud mantendrá hacia la filosofía y la especulación. Sin embargo, hay algunos datos que nos permiten suponer que su aprehensión del filósofo va más allá de su actitud específica hacia ese saber. Por una parte, el “exceso de interés” que Freud arguyó siempre para no leer “más allá de una página” de un autor que anticipa de forma excepcional sus ideas -y al que se atisba tras su producción-; por otra, lo sintomáticamente inhibido que se muestra al hacer una psicografía de Nietzsche en 1908; psicopatografía que, a diferencia de sus especulaciones en torno a Da Vinci, Dostoievski, o Miguel Angel, muestra el profundo respeto que Freud tiene hacia su figura, pues, caracterizándolo casi como un psicótico, niega que haya en su personalidad algún rastro de enfermedad mental y, además, le adjudica el título de “primer psicólogo” que siempre deseó para sí mismo; por último, y como veremos, el hecho de que Freud considerara a Nietzsche un ideal que jamás pudo apartarse.

Ahora bien, la ambivalencia que se muestra en un gesto tan significativo como rechazar la lectura del filósofo por un “exceso de interés” debe ser explicada. A nuestro entender, el contradictorio comportamiento de Freud hacia Nietzsche se comprende mejor si lo relacionamos con el que exhibió hacia otros personajes que reconoce como “gemelos” intelectuales -A. Schnitzler o Popper-Linkeus, entre otros-. No obstante, a diferencia de su actitud hacia éstos, Freud vivirá la mezcla de otredad y afinidad que significa para él el filósofo más desde la omnipotencia que desde la rivalidad, pues revestirá la singularidad del filósofo con una imaginaria “nobleza inaccesible” a la que él aspira personalmente, motivo por el que podemos suponer que Nietzsche debió de ocupar un lugar incuestionable entre los “grandes hombres” con los que se identificó.

Tal y como lo vemos, su identificación inconsciente con Nietzsche tendrá que ver con su “yo ideal”, (sub)instanciada de la personalidad que, como lo entiende Lacan, enlaza con el narcisismo infantil y es el soporte futuro de las identificaciones “heroicas” del sujeto y de sus “delirios de

grandeza". En el caso de Freud, tal (sub)instancia emerge tras su identificación con Anibal, Shakespeare, Goethe, Moisés o Massèna, personajes a los que idealizará a lo largo de su vida. O, como veremos, en la clara identificación con Nietzsche que se produce cuando finaliza su "autoanálisis", en febrero de 1900, momento en que el filósofo es investido por el futuro psicoanalista como un arcano, como una figura conocedora de los secretos que él aún no ha conseguido desvelar.

Por el contrario, aquellos "otros" que pertenecen a su entorno inmediato y que se le asemejan y, por tanto, le restan unicidad y singularidad, son susceptibles de ser "tachados" por Freud simbólicamente: no conociéndolos, no leyéndolos, borrándolos como iguales, imponiéndoles una suerte de "muerte simbólica"; he aquí una rivalidad diferente a la sentida hacia Nietzsche y de la que serán objeto algunos de los coetáneos de Freud que bordearon sus mismos temas intelectuales -Popper-Linkeus, Schnitzler-, e íntimos compañeros de su periplo vital o profesional -como Paneth, Fliess o Tausk-.

Esta actitud podría analizarse como una proyección en el otro de un posible "complejo dioscúrico"³ de Freud, complejo que se centra en la rivalidad fraterna según una hipótesis que L. Martín Santos (1992) dejó esbozada para entender el sentimiento que Nietzsche proyectó en Wagner. Detengámonos a analizar la posibilidad de que Freud participara de dicho complejo pues, según nuestra hipótesis, ello nos permitiría entender parcialmente no sólo su comportamiento hacia Nietzsche sino hacia otros personajes más cercanos.

En su caso, la ambivalencia hacia el otro, hacia el amigo, y, por tanto, el complejo dioscúrico de Freud, derivaría originariamente de la relación infantil con Julius, su hermano menor -"igual" y "rival"- muerto prematuramente. El propio Freud nos pone sobre la pista del radical impacto que tuvo ese hecho sobre su vida futura al confesarnos cómo había recibido a Julius: "con malos deseos y genuinos celos infantiles, y que desde su muerte ha quedado en mí el germen para unos reproches. De mi compa-

³ "Dioscúrico" viene de "Dióscoros", los gemelos Cástor y Pólux, hijos de Leda. El mito recrea la lucha agónica que caracteriza a la rivalidad fraternal.

ñero de fechorías cuando yo tenía entre uno y dos años, hace mucho que tengo noticia: es un sobrino un año mayor que yo que ahora vive en Manchester... Ahora bien, este sobrino y este hermano menor comandan lo neurótico, pero también lo intenso en todas mis amistades”⁴.

Podemos especular por tanto que, una vez producida la deseada muerte del odiado infante, el evento habría reforzado la omnipotencia del pequeño Sigismund, pero le habría ubicado para siempre en una posición psicológica inestable de “atacante-atacado” en el que el “otro” se constituye en “perseguidor” y el “perseguido” se ve impelido a defenderse compulsivamente contra lo que bien pudiera ser, en definitiva, sólo una persecución interior, según la tesis de D. Anzieu (1978) que podemos sumar a la de Martín Santos. Podríamos pensar así que al proyectar la muerte sobre Julius, y acaecer ésta en la realidad, la muerte vuelve a Sigismund, y de ahí el fracaso del triunfador; un fracaso que estructura la personalidad del “superviviente” y condiciona en adelante su percepción de la “otredad” y todas sus relaciones personales: “Todos mis amigos son en cierto sentido encarnaciones de esta primera figura que “antaño se mostró a mis opacos ojos”, son resucitados... Un amigo íntimo y un enemigo odiado fueron siempre los requerimientos necesarios de mi vida afectiva; siempre supe crearlos a ambos de nuevo, y no rara vez ese ideal infantil se impuso hasta el punto de que amigo y enemigo coincidieron en la misma persona”⁵.

Tal es el modo en que se forja la ambivalencia de Freud hacia todo aquel que fantasea como un “igual/rival”, y la ambición y ansias de inmortalidad que son indisociables de esa actitud. Actitud que veremos reactivarse claramente en el sueño “Non vixit”, producción onírica que nuestro protagonista tiene en el trascendente y conflictivo período que fue para él el otoño de 1898 y de la que nos revela: “que me alegra sobrevivir de nuevo a alguien, que yo no esté muerto sino él, que yo quedo dueño del terreno como entonces, en la escena infantil fantaseada”; reco-

⁴ *Fragmentos de la correspondencia con Fliess*, Obras Completas, ed. Amorrortu, vol. I, pág. 304.

⁵ Freud, S. (1979): *La interpretación de los sueños*, vol. V, *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, pág. 479.

nocimiento, por tanto, de que los personajes que afloran en su sueño - Paneth, Flieschl, ... camaradas queridos pero odiados, y ya fallecidos-son *revenants* (reaparecidos) de aquel primer "caído" que fue Julius.

Freud se perfila así simbólicamente como el individuo "superviviente" que tan magistralmente ha caracterizado E. Canetti en su *Masa y poder*, caracterización que recogemos por su condición arquetípica: "El momento de sobrevivir es el momento del poder...En el sobrevivir cada uno es enemigo del otro; comparado con este triunfo elemental todo dolor es poca cosa...El hombre no sólo quiere estar siempre; él quiere estar cuando los otros ya no estén...La forma más baja de supervivencia es la del matar...así también el hombre quiere matar al hombre que se interpone en su propio camino, que se le opone, que se yergue ante él como enemigo...No hay instante que exija con tanta fuerza su repetición...Victoria y supervivencia para él coinciden...Ha desviado de él la muerte, sobre los otros. No es que haya evitado el peligro. En medio de sus amigos, encaró a la muerte. Ellos han caído. El está de pie y triunfa...La sensación de fuerza, de estar de pie con vida en contraposición a los muertos, es en el fondo más intensa que todo luto, es el sentimiento de ser elegido entre muchos cuyo destino es manifiestamente idéntico. De alguna manera uno siente ser el mejor simplemente porque todavía está vivo...Aquel a quien le sucede sobrevivir así con frecuencia es un héroe. Es más fuerte. Tiene más vida dentro de sí. Las potencias superiores le son propicias"⁶.

También en Nietzsche podemos apreciar las huellas de un complejo dioscúrico. Particularmente, en esa desgarrada autobiografía que es *Ecce Homo*, donde se refleja, condensadamente, ese proceso que se iniciaría con una idealización del otro y acabaría con su destrucción simbólica. Así, Nietzsche, cuando recoge el período anterior a su cuarta *Consideración Intempestiva: Richard Wagner en Bayreuth*, evoca su antaño íntima unión con el autor de "Parsifal" con estas emotivas palabras: "Incluso psicológicamente, todos los rasgos de mi naturaleza propia están inscritos en la de Wagner"; para, posteriormente, descubrirnos que *Humano, demasiado humano* fue el "monumento de una crisis" que también fue una

⁶ *Masa y poder*, 1977, Barcelona, Muchnik ed., págs. 223-224, las negrillas son del propio Canetti.

crisis fraterna: “Entonces mi instinto se decidió implacablemente a que no continuase aquel ceder ante otros, aquel acompañar a otros, aquel confundirse a mí mismo con otros”. Nietzsche necesitaba recuperar su unicidad: “...mi-mismo más profundo, casi sepultado, casi enmudecido bajo un permanente tener-que-oir a otros sí mismos (-!y esto significa, en efecto leer!)”; exhibir su singularidad -“No quiero ser confundido con otros”⁷ -; lo que le llevaría inevitablemente a “borrar”, a “destruir”, al que se ha fabulado como un “igual”: a Wagner.

Cronología de una ambivalencia: el “desarrollo regresivo” de Freud

Vistos los aspectos pulsionales que cabe encontrar detrás de la ambivalencia de Freud hacia la filosofía y hacia Nietzsche, así como los argumentos epistemológicos-rationales que le hicieron temer esa disciplina, veamos ahora cómo esa ambivalencia se plasmó de manera diferente según variaron las posiciones sociales que ostentó Freud a lo largo de su vida; dicho de otro modo, su concepción de la filosofía y de Nietzsche, con el que mantendrá, como hemos señalado, una relación compleja que trasciende la que estableció con la filosofía en general, pasó por tres etapas. Esta trayectoria vital y profesional constituyó un “desarrollo regresivo”, según Freud lo expresa; un círculo biográfico que, a la luz de nuestras hipótesis, podría estructurarse y resumirse como sigue:

1) La primera etapa se caracterizaría por la fascinación adolescente y juvenil de Freud hacia la filosofía, fascinación que se manifiesta en su deseo de especular en todas direcciones, en su primigenio interés por estudiar la “Filosofía de la Naturaleza” y en su entusiasmo por las clases de F. Brentano. Correlativamente, aparece Nietzsche en su vida como un ideal compartido con un grupo de estudiantes progermanos que fueron, a su vez, los primeros admiradores vieneses del autor de las *Consideraciones Intempestivas*.

Aunque Freud se refirió habitualmente a Lou Andreas-Salomé como el único vínculo real entre Nietzsche y él mismo, soslayando así deliberadamente sus contactos anteriores con otros personajes cercanos al filósofo

⁷ *Ecce Homo*, 1978, Madrid, Alianza, págs. 72, 83 y 55.

y estableciendo una suerte de hermandad con él a través de Lou, hubo otros nexos vivos anteriores con el filósofo como lo fueron algunos de los miembros del *Pernerstorfer Kreis*, el grupúsculo más activo intelectualmente del *Leseverein der deutschen Studenten Wiens*. Personajes destacados de esta unión estudiantil en la que Freud participó, fueron los futuros líderes socialdemócratas H. Braun y V. Adler, quienes junto al poeta S. Lipiner y, especialmente, J. Paneth -con el que Freud mantuvo una íntima amistad hasta 1890 y que le escribió y le habló "muchísimo" acerca del filósofo-, fueron los amigos más cercanos al joven estudiante de medicina S. Freud en sus primeros años de universidad (McGrath, 1974; Venturelli, 1983).

La relación de Freud entre 1874-78 con estos exaltados seguidores de Nietzsche, supuso el germen de su idealización de la figura y personalidad de Nietzsche y el origen de un conocimiento tácito de su pensamiento (en aquel momento, de las "belicosas" "Intempestivas"). Conocimiento que vendría a reforzarse posteriormente por el hecho de que el filósofo estuviera muy presente en el "aire de la época" desde 1893 o 1894 (gracias, en parte, a la publicación de la biografía que Lou von Salomé había escrito sobre él); de tal forma que, como lo explica Ellenberger, "en el momento de la primera madurez de Freud no era necesario haber estudiado a Nietzsche para estar impregnado de su pensamiento, debido a lo mucho que era citado, revisado y discutido en cualquier círculo, revista o periódico"⁸.

Pese a su aprendizaje positivista, su interés por la filosofía y por Nietzsche seguirán latentes tras su demorada licenciatura y ocuparán un lugar destacado en los años posteriores. La especulación metafísica se inscribirá oblicuamente en el decisivo giro epistemológico que Freud dará a partir de 1895-96, por cuanto la utilización de dicho método le servirá para elaborar sus primeras construcciones "metapsicológicas". Y Nietzsche resonará intelectual y, sobre todo, afectivamente durante su "autoanálisis", como lo demuestran los siguientes indicios de relevancia:

⁸ Ellenberger (1976): *El descubrimiento del inconsciente. Historia y evolución de la psiquiatría dinámica*, Madrid, Gredos, pág. 320.

a) El hecho de que F. Fliess, *alter-ego* de Freud, perteneciera a los círculos nietzscheanos de Berlín;

b) La incidencia que tiene en sus escritos y sueños personales la producción literaria de C.F. Meyer, autor suizo al que Freud lee por recomendación de Fliess, quien se lo presenta como un mentor de Nietzsche;

c) Dos cartas a Fliess, fundamentales para el nacimiento de esa nueva *Spezialwissenschaft* que es el psicoanálisis, y donde se recogen importantes conceptos del autor de "Zaratustra";

d) Cinco menciones a la *Umwertung* en *La interpretación de los sueños*, el famoso *leitmotiv* del ataque lanzado por Nietzsche contra el cristianismo, que Freud recoge sin mencionar al autor de quien lo toma y que le sirve para explicar cómo funciona el desplazamiento onírico;

d) La visita que Freud hace en agosto de 1898 a la Engadina, lugar habitual de veraneo de Nietzsche desde 1879 y donde el filósofo escribió, entre otras obras memorables, la segunda parte de *Así habló Zaratustra* y *El crepúsculo de los ídolos*; esta visita, es contemporánea de la identificación onírica de Freud con el "superhombre" y de su rememoración del "Leseverein".

Estos indicios nos hablan de una presencia soterrada de Nietzsche a lo largo de todo el "autoanálisis" de Freud, presencia que mostrará su verdadero cariz cuando el psicoanalista acuda en los albores del nuevo siglo al solitario de Sils-María para entender lo que aún le es oscuro de sí mismo; buscando: "...encontrar palabras para muchas de las cosas que permanecen silenciadas dentro de mí"⁹.

Esta "compra", supondrá el primer signo explícito de que Nietzsche representa esa "otredad" a la que aspira, como demuestra no sólo que lo nombre por primera vez, pese a haberle parafraseado con profusión en *La interpretación de los sueños*, sino que le reconozca como un personaje

⁹ M. Schur, *S. Freud. Enfermedad y muerte en su vida y en su obra*, vol. I, 1980, Barcelona, Paidós Studio, pág. 298, carta a Fliess de 1 de febrero de 1900 donde Freud le comenta que acaba de comprar las obras de Nietzsche con esa intención y, además, le confiesa que él no es un hombre de ciencia sino un "conquistador", un "aventurero", con "toda la curiosidad, el arrojo y la tenacidad características de un hombre semejante".

que está más allá de donde el mismo llega. Con ello Freud, nos desvela una de las claves de su identidad al comportarse al final de su "autoanálisis" como el paciente cuya curación implica "el paso de lo imaginario no simbolizado a lo imaginario simbolizado. En otras palabras, es el acceso a la verdad del código personal del enfermo. Lo imaginario simbolizado, reintegrado a su vocación esencial de símbolo, se contrapone a lo imaginario alienador"¹⁰. En síntesis, por fin en esta carta Freud "reconoce" parcialmente el papel que Nietzsche ha jugado en su "autoanálisis" y en su "código personal"; (decimos "parcialmente" pues el resto de la frase connota su reticencia al "reconocimiento", muestra la "otra cara" de su ambivalencia: "pero aún no he abierto el libro. Demasiado perezoso por el momento"). Tendremos que esperar a su senectud para que Freud, pese a seguir negándose a leerlo¹¹, explicité que el filósofo fue para él un ideal del que trató en vano de alejarse a lo largo de su vida.

2) La segunda etapa, que se abre tras el "autoanálisis" de Freud y su fundación de ese linaje metafórico que es el "Movimiento" psicoanalítico, se caracteriza por la "recusación" de esos primeros ideales que son para él la especulación filosófica y el autor de "Zaratustra".

La consciencia de haber descubierto una tierra antaño ignota -el psicoanálisis- llevará a Freud a defender su nuevo saber frente a "campos fronterizos". No sólo reprimirá su tendencia especulativa, como decíamos, sino que, incluso, argüirá una presunta "incapacidad constitucional" para cerrarse a la filosofía, a su "objetivo originario": "Y aun donde me he distanciado de la observación, he evitado cuidadosamente aproximarme a la filosofía propiamente dicha. Una incapacidad constitucional me ha facilitado mucho esa abstención"¹².

¹⁰ Rifflet-Lemaire, A. (1971): *Lacan*, Barcelona, Edhasa, pág. 126. El texto de Rifflet-Lemaire no está escrito, obviamente, pensando en los conflictos psíquicos de Freud.

¹¹ Lo que no le impide utilizar los conceptos y términos de Nietzsche al menos en diez obras posteriores a *La interpretación de los sueños*, y entre las que se cuentan textos tan fundamentales como *La psicopatología de la vida cotidiana*, *Más allá del principio del placer*, *Psicología de las masas y análisis del yo* o *El yo y el ello*.

¹² Freud, S. (1979): *Obras Completas*, vol. XX, Buenos Aires, Amorrortu, pág. 55.

En adelante el quehacer filosófico será, metodológicamente hablando, lo opuesto a la actividad psicoanalítica pues, frente a la actividad sistematizadora que, como hemos dicho, define a su entender a la filosofía, el psicoanálisis labora en las fisuras del discurso. Freud refrenará entonces “despiadadamente” la especulación y reforzará el dique que siempre opuso a esa tendencia: la validación por lo empírico.

Y Nietzsche será durante este segundo período un personaje mantenido a distancia, recusado sin cesar como precursor legítimo, (pese a que sea también el único filósofo al que el “Movimiento” psicoanalítico homenajea de forma oficial¹³ con la connivencia de Freud, y cuando este movimiento está institucionalizándose como tal). Freud habrá pasado de vivirlo como una imagen especular engrandecedora a sentirlo en esta etapa como “ominoso”, como un rival en la comprensión psicológica, que mermaba su singularidad intelectual; imagen que será reforzada por la ruptura con sus principales seguidores -Adler, Jung y Rank-, a quienes, involuntariamente, Nietzsche presta el lenguaje para la emancipación científica y personal del “Maestro”.

Y, así, Freud tendrá que pugnar inevitablemente con Nietzsche en su madurez. A. Adler inaugurará una cadena de traumáticos distanciamientos al constituirse en el primer disidente de su “Movimiento” en 1911, y apartarse de Freud reivindicando una “psicología del yo” presuntamente basada en Nietzsche, pero cuyo concepto de “sobrecompensación” es únicamente un pálido remedo de la *Wille zur Macht*, de la “voluntad de poder” de la que hablara el filósofo). Más dolorosa aún fue la separación de ese “Príncipe del psicoanálisis” que fue Jung, autor verdaderamente

¹³ Acontecimiento que se produce con ocasión del III Congreso, celebrado en Weimar en 1911, cuando dos destacados representantes fueron a visitar a Elisabeth Föster-Nietzsche con el objeto de rendir sus respetos a la figura del filósofo con el consentimiento del “Maestro”, quien, no obstante, mostró su ambivalencia no asistiendo personalmente. Este homenaje implicaba, como lo comenta Assoun (1984), un reconocimiento exclusivamente de la analogía y afinidad que existía entre el pensamiento de Freud y Nietzsche, pero no una reivindicación de la importancia de la filosofía para el psicoanálisis; pues, de facto, Freud recrimina en ese mismo Congreso a Putnam su intento de construir una *Weltanschauung* mezclando las teorías de Freud y de Hegel, filósofo que es para el psicoanalista, por otra parte, la encarnación más patente de los defectos que él achacaba a la filosofía.

identificado con Nietzsche y a cuyas máximas recurre para emanciparse del fundador del psicoanálisis en 1912. Finalmente, el filósofo también va a mezclarse en 1926 en la ruptura con Rank, la figura más destacada de esa corriente de pensamiento que intentó forzar un “mano a mano” nietzscheofreudiano en vida de Freud, movimiento representado, además, por Gross, Groddeck, Wittels e, incluso, el pastor protestante Pfister.

Rank fue el propulsor de un verdadero modelo de articulación entre ambos discursos. Filósofo y analista, se centró fundamentalmente en estudiar el origen y la importancia psicológica de la voluntad y en la rehabilitación de esta capacidad, que consideraba negativizada en el esquema freudiano, más acorde para él con un pesimismo y un nihilismo de corte schopenhaueriano. Para elaborar una teoría y una terapia donde la voluntad tuviera un papel más destacado, habrá de inspirarse en Nietzsche, quien separa culpabilidad y voluntad, y en su reivindicación de que ésta es una potencia positiva, creadora, que más que dejarse influir por el mundo exterior quiere modificarlo; (“rehabilitación” de la voluntad que sugiere que Rank implícitamente soñaba con ser, con respecto a Freud, lo que Nietzsche fue con respecto a Schopenhauer).

(Aunque más gratificante, no debemos olvidar la intensa relación que Freud mantuvo entre 1911-13 con Lou von Salomé, quien siempre se negó a hablarle del filósofo y que presencia en 1913 la reacción de Freud ante la lectura del *Lebensgedicht*, el “Himno a la vida” escrito por ella en su juventud. Dicha reacción es enormemente significativa de las diferentes sensibilidades que caracterizaron a nuestros dos protagonistas, pues el psicoanalista se defenderá, frente a la exaltación romántica que anima el Himno, y cuya autoría atribuyó erróneamente a Nietzsche, con el llano escepticismo materialista, típico de la filosofía de la Ilustración).

Pese a estos episodios, muchos de los cuales marcaron profundamente a Freud, el psicoanalista jamás se prestó a debatir la posible vinculación entre su pensamiento y el del filósofo, y siempre le recusó como precursor.

3) Por último, la tercera etapa, que se produciría durante su senectud, es la que hemos definido como la del (eterno) “retorno de lo reprimido”. Freud, viendo su ciencia consolidada y convencido de su inmortalidad

científica y de lo irremplazable de su lugar en el pensamiento occidental, relaja en parte sus defensas frente a la especulación; vuelve a su “interés primero”; y es capaz de explicitar en 1934 a A. Zweig el papel que Nietzsche jugó en este desarrollo regresivo que configura un círculo biográfico: el de un “ideal juvenil” del que indirectamente dice que trató de librarse a lo largo de su vida sin conseguirlo.

Pero este “reconocimiento” de Nietzsche sólo es posible una vez que Freud se siente también un “póstumo”. El padre del psicoanálisis se ubica frente al filósofo como un “símbolo” frente a otro; un “símbolo” que forma parte ya de esa estructura simbólica que es la pléyade imborrable de los genios.

Conclusiones

Para finalizar este análisis de la influencia indirecta que Nietzsche tuvo en Freud, quisiéramos resaltar que probablemente Freud, como él mismo recalcó, nunca leyó a Nietzsche, al menos de una manera exhaustiva¹⁴.

Es manifiesto que Freud tuvo un conocimiento en gran medida pre-consciente, tácito, de muchas de las teorías fundamentales del momento; por ejemplo, de la de Schopenhauer, que adquirió a través de la influencia indirecta de sus maestros, de su relación con grupos interesados por la filosofía, o, más difusamente, como fruto de vivir en esa época histórica concreta. El conocimiento pre-consciente, según lo caracteriza Freud, está constituido por una serie de palabras y recuerdos que, aunque no estén actualizados, pueden pasar a la conciencia ante cualquier asociación de ideas; de hecho el pre-consciente designa lo que se halla “implícitamente”

¹⁴ Con ello discutimos la afirmación que el riguroso biógrafo P. Gay hace en su *Freud. Una vida de nuestro tiempo*, cuando comenta que en su juventud Freud había leído las obras del filósofo; (conviene reseñar que en una comunicación personal posterior Gay se mostró más ambiguo a este respecto). Probablemente, tal afirmación deriva de una alusión que hay a la primera “Consideración Intempestiva” de Nietzsche en una carta que Freud escribe a su amigo Silberstein entre el 13 y el 15 de marzo de 1874. Según nuestras conjeturas, el parfraseo de Nietzsche, que el joven Sigmund incluye en su misiva, resultaría menos de una lectura de la obra del filósofo que de su asistencia a una conferencia impartida una semana antes por C. Brühl sobre D. Strauss, autor sobre el que versa dicha “Intempestiva”.

presente en la actividad mental aunque sin constituir objeto de conciencia. Podríamos preguntarnos, por tanto, hasta qué punto la intuición, que juega un papel fundamental en la elaboración del conocimiento, no es “conocimiento”, aunque no esté presente en la consciencia, y hasta qué punto todo lo conocido preconscientemente no supone un importante bagaje cultural....

Freud explica en 1914, y reitera en 1925 y 1931, que se había prohibido el “elevado goce de las obras de Nietzsche” con la motivación consciente de que ningún tipo de representación o expectativa viniese a estorbarle en la elaboración de las impresiones psicoanalíticas¹⁵, pero es evidente que los conceptos del filósofo “resuenan”, si bien en otra dimensión, -científica-, en la obra del psicoanalista. Y decimos “científica” porque Freud consideró racionalmente a Nietzsche como un moralista por cuanto habría confundido el “ser” con el “deber ser”; por decirlo con las palabras que utiliza en 1908 para distinguir ambos planteamientos: “Lo que nos perturba es que Nietzsche transformó “es” en “debe”, lo cual es ajeno a la ciencia” En esto, después de todo, siguió siendo un moralista y no pudo librarse del teólogo”¹⁶.

Pese al gran discernimiento que unificaría en cierta medida los proyectos y resultados de nuestros dos protagonistas, el límite que separa la psicología nietzscheana del psicoanálisis, como da a entender Freud en estas condensadas líneas, es la utilización de un método radicalmente diferente para acercarse al análisis de la realidad; una concepción divergente de la objetividad. Para el psicoanalista, el error del filósofo estribaría en inscribir en sus apreciaciones sobre la realidad una evaluación (deslizamiento del *sollen* sobre el *sein*, del que nacen “los resultados confusos, aunque básicamente justos, las concepciones de Nietzsche”¹⁷). He aquí la diferencia radical, incluso de filiación, de estos dos pensamientos

¹⁵ Esta prohibición es también un mecanismo defensivo frente al “plagio de ideas” que le obsesionó a menudo.

¹⁶ Sesión del 28 de octubre de la Sociedad Psicoanalítica de Viena; ver Nunberg, H. y Federn, E. (comps.) (1979), *Las reuniones de los miércoles. Actas de la Sociedad psicoanalítica de Viena*, vol. II, Buenos Aires, Nueva Visión, pág. 37.

¹⁷ *Op. cit.*, vol. II, pág. 36.

empeñados en una misma búsqueda del origen -de los prejuicios morales en un caso, y de la neurosis en otro-; búsqueda que nuestros autores nombran significativa y metafóricamente como genealogía y arqueología respectivamente y que habrá de inaugurar dos parcelas del saber igualmente nuevas: el psicoanálisis freudiano y la axiología o la crítica de la moral nietzscheana.

Probablemente Freud nunca le leyó, pese a que veamos emerger muchos de sus términos en las obras que escribe entre 1919 y 1924, pese a que Nietzsche sea, paradójicamente, el filósofo del que se lleva más textos a su última morada cuando se exila a Londres en 1938. La clave de sus alusiones al pensamiento del autor del "Zaratustra", al que creemos que no lee verdaderamente por una mezcla de prevención y "exceso de interés", bien pudiera estar en el hecho de que Freud se deja llevar cuando elabora sus obras por la inspiración que mana del preconsciente, y éste le devuelve su propio acervo cultural, pero en esa elaboración, además, afloran también inconscientemente sus anhelos más íntimos: su idealización de Nietzsche y su identificación con él.

Nuestra conclusión más importante es que, como demuestra a modo de ejemplo privilegiado Freud, la identidad y posición social de un autor se filtra en su producción; por tanto, el análisis de los aspectos imaginarios que subyacen a dicha producción clarifica su obra. Lo que significa, en concreto, que en el caso del psicoanalista la aprehensión que hizo de la especulación filosófica y de Nietzsche no sólo estaba marcada por la génesis de su propio desarrollo psíquico sino que fue variando según se modificaron sus posiciones sociales, y que todo ello jugó un papel fundamental en la construcción teórica del psicoanálisis. Es más, consideramos que la naturaleza de su relación con dichos "objetos" es homóloga de la posición que él mantiene con su propio discurso racional, puesto que, en ambos casos, siempre hay huellas del sujeto; así, tanto su concepción de la filosofía, como la de aquellos personajes en los que se mira -Fliess, o Schnitzler, por un lado; Moisés o Nietzsche, por otro-, o su propia teoría científica, son "objetos" construidos y vividos desde las raíces de la división del sujeto Freud.

Esperamos que este trabajo sirva de propedeútica a enfoques quizás más epistemológicos. Tarea, en gran medida, ya realizada con acierto por algunos autores, entre los que se cuenta en la actualidad P.L. Assoun (1984), quien destaca cómo antes de abordar lo que Freud dice de Nietzsche, es preciso conocer la imagen que éste tuvo del filósofo; captar la naturaleza de su “encuentro” íntimo.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDREAS-SALOMÉ, L. (1984): *Aprendiendo con Freud (diario de un año 1912-1913)*, Barcelona, Laertes.
- ANZIEU, D. (1978): *El autoanálisis de Freud y el descubrimiento del psicoanálisis*, México, Siglo XXI.
- ASSOUN, P.L. (1982): *Freud. La filosofía y los filósofos*, Barcelona, Paidós Studio.
- ASSOUN, P.L. (1982): *Introducción a la epistemología freudiana*, Madrid, Siglo XXI.
- ASSOUN, P.L. (1984): *Freud y Nietzsche*, México, F.C.E.
- FREUD, S. (1975): “Los orígenes del psicoanálisis”, vol. IX, *Obras Completas*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- FREUD, S. (1979): *La interpretación de los sueños*, vols. IV y V, *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu.
- FREUD, S. y ZWEIG, A. (1980): *Correspondencia Freud-Zweig*, Barcelona, Gedisa.
- MARTÍN SANTOS, L. (1987): *La muerte de Dionisos*, Madrid, Akal.
- MARTÍN SANTOS, L. (1992): *El Maestro roto*, (inérito).
- MCGRATH, W. (1974): *Dyonisyan Art and Populist Politics in Austria*, New Haven, Yale University Press.
- NIETZSCHE, F. (1978): *Ecce homo*, Madrid, Alianza.

- NUNBERG, H. y FEDERN, E. (comps.) (1979): *Las reuniones de los miércoles. Actas de la Sociedad psicoanalítica de Viena*, 2 vols., Buenos Aires, Nueva Visión.
- SCHUR, M. (1980): *Sigmund Freud. Enfermedad y muerte en su vida y en su obra*, Barcelona, Paidós Studio.
- VENTURELLI, A. (1983), *Nietzsche in Bergasse 19 e altri studi nietzscheani*, Urbino, Universidad di Urbino.